

Duelos y fantasmas

Sergio González Rodríguez*

Zaida del Río, Cuba



Propongo un ejemplo. Actualmente, una buena parte de la política cultural del Estado mexicano se concentra en la promoción de la lectura, con un sesgo marcadamente literario. Claro, es más fácil decir en voz alta cualquier lugar común acerca de la obra de Martín Luis Guzmán, Juan Rulfo o Carlos Fuentes, que enseñar a escribir a una generación y sostener la ampliación continua de sus facultades letradas hasta una edad madura. Lo primero puede ser llevado a cabo, de tarde en tarde, por cualquier escritor empleado por el gobierno como promotor de la lectura; lo segundo requiere de un programa de Estado, continuo y sistemático. Menuda diferencia.

No hay, no habrá, no puede haber éxito posible para cualquier iniciativa de fomento de la lectura que se dé en un suelo tan depauperado como el que indican las pobres capacidades lingüísticas a las que hago referencia en este artículo. Algunos dicen que los libros liberan nuestro "espíritu" (cualquier cosa que esto quiera decir). Eso suena bien para una campaña publicitaria que suaviza el trato del gobierno con los grandes consorcios editoriales, y adula a la clase intelectual del país. Yo prefiero decir que la verdadera liberación de la persona pasa por el dominio de la lengua. <

Me cuentan, porque no lo pude atestiguar, ya que andaba fuera de la ciudad, que semanas atrás me perdí de un duelo verbal en la sección de correspondencia del diario *La Jornada* entre dos protagonistas de peso en la cultura mexicana. No quise comprobar éste porque, al menos hasta el momento, me gustó bastante la crónica que al respecto me hicieron más de dos amigos: ¡en esta esquina, la fajadora y teatrista Jesusa Rodríguez!; ¡en esta otra, el peso completo (iba yo a poner el peso pesado, pero no quiero que tal expresión se preste a malentendidos en torno de mi amigo) Guillermo Sheridan!

Al margen de las metáforas boxísticas, que tienden a trivializar el enfrentamiento de ideas que hubo de por medio, Jesusa le reclamaba a Guillermo algún presunto colaboracionismo con el gobierno actual, además de que defendía la figura de Salvador Novo y la quería limpiar de su colaboracionismo diazordacista, a lo que replicó, enérgico —nada raro—, el crítico y ensayista, y puso las cosas en su lugar.

Me llama la atención el carácter memorioso del episodio, y su tenaz beligerancia acerca de un muerto, lo que habla también de un efecto incisivo que rebasa lo trivial: la dinámica de un relevo transgeneracional de impacto vívido, al grado de que las pasiones surgen y se reubican de cara al paso del tiempo.

El agarrón entre Jesusa y Guillermo (iba yo a escribir el "deschongue", pero no quiero que se me tome a mal semejante símil, debido a que el crítico

y ensayista luce una elegante semicalvicie que hace de todo impropio el término) se expresa en términos de posturas contrastantes que dicen mucho de lo que la cultura mexicana ha llegado a ser de cara a sus más preciados valores, prestigios y desprestigios.

Justo al cumplirse medio siglo de que Salvador Novo fundó La Capilla, Jesusa Rodríguez efectuó un festejo coyoacanense donde diversos actores y actrices se disfrazaron de los amigos y amigas novianas, por ejemplo, Diego Rivera, Dolores del Río y María Félix, además, por supuesto, de Salma Hayek, perdón, de Frida Kahlo. El juego irónico, desde luego, llevaba también un poco de homenaje y otro tanto de nostalgia; de nuevo, por estar fuera de la ciudad, me fue imposible asistir al carnavalesco acto, que reunió lo mismo al respetable Carlos Monsiváis, que a la gentil Gloria Pérez Jácome (fundadora de El Estudio de Salvador Novo, A.C.: por cierto, días después me enteraría, en un reportaje gráfico en la revista *TV y Novelas*, de que Gloria, la guapa hija de Gloria, comunicadora televisiva, hacía pública la historia sobre el fantasma de Salvador Novo, que no deja de visitar su casa, construida en lo que fue el área de la alberca noviana).

El doctor Salvador López Antuñano, primo del autor de *Nuevo amor*, me invitó, y le prometí ir, pero me fue imposible cumplir con mi promesa, situación que en lo personal atribuyo al fantasma de Salvador Novo, que siempre me ha dado mucha guerra. Al contrario de la joven Gloria, jamás he visto —Dios me libre— dicho espectro, pero el gran cronista representa para mí un espíritu chocarrero que mueve

* Crítico literario, narrador, ensayista y guionista

algunos hilos sutiles y me aleja de homenajear su figura, no así su obra. Como si quisiera decirme: "Dedícate a tus libros, no pierdas el tiempo conmigo". Pero como soy necio, años atrás empecé con Antonio Saborit, Llygani Lomeli y Mary Long la reimpresión y actualización de sus artículos y ensayos, y su serie de tomos titulada *La vida en México en el periodo presidencial de...*

En tal lapso hubo de todo. Dignas aventuras de la novela *Los papeles de Aspern* de Henry James, extraños extravíos de documentos que luego aparecían, desmembramiento de su biblioteca, que llegó inconclusa al Museo Casa del Poeta Ramón López Velarde porque la parte gastronómica quedó en manos de la familia del escritor. También, El Estudio de Salvador Novo perdió en estos años el derecho a editar la obra de Salvador Novo (ganaron los meseros, el chofer, la secretaria y alguno que otro familiar del propio Novo); asimismo fallaron nuestros intentos por conseguir fondos monetarios para sostener la tarea difusora... En fin, que sería prolijo referir los casos y detalles donde aparecía de pronto el espíritu burlón de Novo para someternos a toda clase de pruebas.

Entre las cosas que quedaron claras en tal entramado de hechos y sucesos sobrenaturales (si no, ¿cómo llamarlos?) estuvo el fracaso de cualquier revisionismo en torno de Salvador Novo: para decirlo bonito, Novo fue un conservador duro que siempre mantuvo una desconfianza que se convertiría en franca animadversión contra el movimiento estudiantil de 1968. Compartía el punto de vista presidencial acerca de que todo aquello era una suerte de "algarada sin importancia".

Los jóvenes de entonces jamás le perdonaron sus desplantes y sarcasmos que traducían el punto de vista de la "momiza", en la que Salvador Novo se ubicaba sin doblez alguno. Cuando por fin aceptó ofrecer una conferencia en la Facultad de Ingeniería después del 68, llegó con el temor de que hubiera

algún provocador que le echara en cara su colaboracionismo diazordacista: al terminar el acto, escuchó o creyó escuchar algún grito tímido de repudio, que no hizo mella en su autoestima, porque ya llevaba consigo la medicina de los aplausos que le otorgó su público aquella vez. La verdad es que, de acuerdo con quienes lo llegaron a escuchar —yo no, porque entonces era un roquero de *heavy metal* de primera línea, y si bien registraba cierta simpatía por el "ruco", era muy lejano a la idea de asistir a un acto cultural en la universidad—, Salvador Novo resultaba todo un espectáculo de gracia y poder expresivos.

A la fecha, conozco a numerosas personas, sobre todo proclives al pensamiento de izquierda, que guardan un rechazo explícito o, al menos, fuertes reparos a la figura de Salvador Novo: ni modo, ellos se lo pierden. Asimismo, hay quienes quisieran olvidar que la prosa venenosa del poeta (Octavio Paz dijo que escribía no con tinta, sino con excremento; ¡órale!) ligó versos tremendos, como éstos dedicados a Genaro Estrada, el creador de la doctrina que lleva su nombre, ahora tan citada mientras resuenan los tambores de guerra del imperio estadounidense en Oriente Medio:

Lomo de loma de la Sierra Madre
Pero Galín y Lota en amasiato;
burbuja de jabón y carbonato;
nalga para que un Bravo la taladre.

En México se suele mantener un enfoque unidimensional de las personalidades, que expresa la dificultad de

comprender, aceptar, tolerar sus aspectos contradictorios. De un plumazo, se tiende a borrar el mundo de los matices, de la gama de contrastes donde aparece la complejidad de una vida.

Guillermo Sheridan, el mejor especialista en Jorge Ibargüengoitia, y uno de los investigadores que han calado en el conocimiento del grupo Contemporáneos, retomaba de alguna manera, al debatir con Jesusa Rodríguez, el relevo del desencuentro entre el autor de *Los pasos de López* y Salvador Novo que, como se sabe, no se querían ver ni en pintura, todo porque el entonces joven Ibargüengoitia hizo trizas una obra de Novo en un artículo publicado en la revista de la Universidad en los años sesenta.

Salvador Novo no creía en los fantasmas y terminó reencarnado en uno de ellos. Jorge Ibargüengoitia, que tampoco creía en ellos pero que le constaba su existencia, terminó fantasmagorizado en cierta forma en los relevos generacionales: cuántos lectores fieles ha tenido en estos 20 años después de su muerte, cuántos quisiéramos escribir con la agudeza y felicidad literaria que él consumaba. Allí está para demostrarlo el libro en su honor que tan bien editaron Juan Villoro y Víctor Díaz Arciniega: *Los relámpagos de agosto y El atentado* (col. Archivos, 2002). Leedlo, pillos. <



Fernando Carballo, Costa Rica